

La dos caras de la hipocresía



¡Qué sutil es la hipocresía! Qué fácil es no ver nuestras propias incoherencias, aunque veamos tan nítidamente los defectos de los demás. ¿Estamos obstinadamente ciegos, o es que simplemente no vemos? ¿Es un problema moral o visual? Veamos estos ejemplos:

En sus viajes, el explorador del siglo XVIII, el capitán James Cook, pasó varios años en las islas de la Polinesia. Aprendió la lengua nativa y se hizo amigo de la gente. Un día, le llevaron a presenciar un sacrificio humano. La tribu aún practicaba cierto animismo y a veces ofrecía una persona en sacrificio a sus dioses. Cook, que era un distinguido caballero inglés, quedó comprensiblemente horrorizado. Escribió en su diario que le manifestó su indignación al jefe, diciéndole: ¡Esto es horrible! Sois un pueblo primitivo. En Inglaterra os colgaríamos por esto.

La ironía de la reacción de Cook no debe pasar desapercibida, como tampoco pasa desapercibida para los antropólogos. Cuando matamos a alguien en nombre de Dios, no importa si lo llamamos sacrificio humano o pena capital. En cualquier caso, estamos sacrificando una vida humana y justificándolo en nombre de Dios.

Un segundo ejemplo nos llega de los escritos de Bill Plotkin, quien una vez pasó tiempo estudiando varios ritos de iniciación que las tribus premodernas utilizan para iniciar a los chicos y chicas jóvenes a

la edad de la pubertad. Como sabemos, la pubertad puede ser una época peligrosa para un joven. La pubertad golpea al joven con una cierta violencia que enardece tanto el cuerpo como la psique. Sin embargo, hay que tener en cuenta que esta poderosa fuerza perturbadora había sido diseñada por Dios y la naturaleza con un propósito definido, a saber, expulsarte de tu hogar, empujarte a encontrar un hogar para ti mismo y poner fin a tu infancia para entrar en la edad adulta. Es comprensible que se necesiten energías intensas para lograrlo.

Pero estas energías pueden ser difíciles de contener y de orientar hacia la edad adulta. De hecho, casi todas las culturas premodernas tenían ritos de iniciación para ayudar a orientar ese proceso. En la actualidad, la mayoría de las culturas (sobre todo la nuestra) tienen muy pocos ritos de iniciación explícitos. Lo que Plotkin descubrió en su estudio de los ritos de iniciación premodernos es que todos ellos eran muy exigentes, física y emocionalmente, para los jóvenes que se sometían a ellos, hasta el punto de que a veces un joven que se sometía a ellos moría durante el proceso.

Al observar esto, Plotkin comenta que nuestra sensibilidad moderna se siente ofendida por esta crueldad aparentemente primitiva. Fácilmente nos indignamos moralmente y vemos estas prácticas como retrógradas y crueles. Sin embargo, continúa señalando, estas tribus en realidad pierden muy pocos jóvenes en el paso de la pubertad a la edad adulta - mientras que nosotros, sociedades modernas muy complejas, perdemos miles de jóvenes cada año que intentan autoiniciarse a través de las drogas, el alcohol, el sexo, los coches, las pandillas y los comportamientos de riesgo.

Sí, como dijo Jesús una vez, es fácil ver la paja en el ojo ajeno incluso cuando no somos conscientes de la viga en nuestro propio ojo.

Ahora bien, digo todo esto más por simpatía que por juicio, porque la hipocresía no es de todos los tipos. Hay una hipocresía en la que la ceguera es más voluntaria, y hay una hipocresía en la que la ceguera es más inocente. Tomás de Aquino distinguió una vez entre dos clases de ignorancia. Para Aquino, existe la ignorancia culpable y existe la ignorancia invencible, es decir, a veces no vemos porque no queremos ver, y a veces no vemos simplemente porque no podemos ver.

En la ignorancia culpable sí podemos ver. Nos negamos a ver algo porque no queremos ver la verdad. Nuestra incapacidad para ver se basa en la racionalización y el miedo, una negativa voluntaria a mirar para no ver lo que no queremos ver, alguna verdad incómoda. En la ignorancia culpable, no vemos el paralelismo entre el sacrificio humano y la pena capital porque ya sentimos intuitivamente la conexión y no queremos verla, por lo que nos negamos a mirar.

En la ignorancia invencible no conocemos nada mejor. Nuestros defectos tienen que ver con los límites de nuestra humanidad, nuestros conocimientos y nuestra experiencia. No tenemos miedo de mirar la realidad. Miramos, pero simplemente no vemos. Como el Capitán Cook, con toda sinceridad, simplemente no vemos el paralelismo entre los sacrificios humanos y la pena capital, y, a diferencia de Bill Plotkin, podemos juzgar fácilmente los ritos de iniciación premodernos como crueles y atroces, incluso cuando miles de nuestros propios jóvenes mueren cruelmente sin sentido tratando de encontrar el paso de la vida de la adolescencia a la edad adulta.

Todos nosotros, liberales o conservadores, tenemos puntos ciegos en cuanto a cómo vemos y apreciamos diversas formas de justicia social, ya sea el cambio climático, la pobreza, el aborto, la

inmigración, los refugiados, el racismo, la igualdad de la mujer o las cuestiones de género. Ante estas cuestiones complejas, ¿estamos dispuestos a mirarlas a la cara, o no estamos dispuestos a mirarlas de frente porque ya intuimos lo que podríamos encontrar? ¿Es nuestra ceguera, nuestra hipocresía, culpable o invencible?

Image by [Alexa](#) from [Pixabay](#)

Ron Rolheiser

Publicado en Ciudad Redonda

www.ciudadredonda.org/articulo/la-dos-caras-de-la-hipocresia